bres, aparece en toda su fuerza el egoísmo más desenfrenado y brutal en todos los órdenes de la vida; individual, familiar y social. El derecho es substituido por la fuerza. Y la nación o naciones que tengan mayor poderío militar y cuenten con medios más terriblemente destructores serán las que se impongan sobre los demás y monopolicen el mando y la hegemonía mundial.

Es inútil buscar el remedio a estos males en el orden y plano puramente natural. Es perder el tiempo tratar de unir a los miembros de una familia desunida por cuestiones de intereses, testamentos, etcétera, a base de razonamientos puramente naturales: el egoísmo desenfrenado se reirá de todas esas razones. Es inútil organizar conferencias internacionales y reuniones «en la cumbre» –como dicen ahora con sarcástica ironía– sin invocar el nombre de Dios y completamente de espaldas al Evangelio. El orgullo, la ambición, el egoísmo más zafio y repugnante suelen presidir siempre esas reuniones, y, por lo mismo, no lograrán jamás establecer en el mundo la paz y armonía entre los hombres. Mientras no se acepte con todas sus consecuencias la doctrina del Evangelio, mientras los hombres no se amen los unos a los otros como Cristo nos amó, es inútil todo cuanto se intente para remediar los males que atormentan a la pobre humanidad de nuestros

días. Sólo Cristo tiene la solución, a base de una entrañable y universal efusión de la caridad cristiana.

b) EL AMOR SOBRENATURAL O DE CARIDAD. Es, pues, evidente que el amor al prójimo puramente *natural* no basta ni tiene suficiente fuerza para remediar los males del mundo ni, mucho menos aún, para elevarnos a la perfección cristiana, que consiste precisamente en la perfección de la caridad, que «es de otro metal» como decía Santa Teresa.

Escuchemos al Doctor Angélico, Santo Tomás de Aquino, explicando admirablemente la verdadera razón que nos debe impulsar a amar al prójimo con amor de caridad sobrenatural:

«La caridad ama a Dios por razón de sí mimo, y por razón de El ama a todos los demás en cuanto se ordenan a Dios. De donde, en cierto sentido, *ama a Dios en todos los prójimos,* ya que al prójimo se le ama en caridad *porque en él está Dios o para que lo esté.* Es manifiesto, por consiguiente, que *con el mismo hábito de caridad* amamos a Dios y al prójimo. Pero, si amáramos al prójimo *por razón de sí mismo y no por razón de Dios,* pertenecería esto a otra clase de amor; por ejemplo, al amor natural o político, pero no al amor de caridad sobrenatural»[26].

26. SANTO TOMAS. *Quaest. disp. de caritate,* a. 4.

Por eso el amor *sobrenatural* al prójimo tiene rango y categoría de *virtud teologal*, exactamente igual que el amor al mismo Dios, puesto que ambos amores proceden de un mismo *hábito sobrenatural*, la virtud *teologal de la caridad*, que es *una sola virtud* en especie átoma, en su triple manifestación de amor a Dios, a nosotros mismos y al prójimo por Dios. Escuchemos de nuevo a Santo Tomás:

«La razón del amor al prójimo es Dios, pues lo que debemos amar en el prójimo es que esté en Dios. Por lo cual es manifiesto que el acto con que se ama a Dios *es el mismo específicamente* que el acto con que se ama al prójimo; y, por eso, el hábito de la caridad no sólo abarca el amor de Dios sino también el del prójimo»[27].

¡La razón del amor al prójimo *es Dios!* O amamos al prójimo *por Dios*, o nos hemos salido del ámbito de la caridad sobrenatural. Cuando perdemos este punto de vista para fijarnos en otro cualquiera, aunque sea noble y legítimo (por ejemplo, la solidaridad humana, los vínculos familiares, la compasión por las miserias del prójimo, etc.), nos hemos salido

27. II-II, 25, 1. Cf. 23, 5 c. y ad. 1.

automáticamente del campo o zona de la caridad para dar en la simpatía natural, filantropía o cualquier otro sentimiento puramente natural, que no tiene de suyo, ningún valor en el orden sobrenatural ni, por lo mismo, ningún valor santificante en orden a la perfección cristiana.

¿Quiere esto decir que para que nuestro amor al prójimo tenga verdadera razón de caridad hemos de ver en él a Dios o al mismo Cristo de una manera reflexiva, consciente y *actual?* Evidentemente que esto sería lo mejor, pero no siempre es posible a la flaqueza humana. Para responder de una manera precisa y exacta a esa pregunta hay que hacer las siguientes distinciones:

1.ª Los que tienen el alma muerta por el pecado mortal están –como hemos dicho– radicalmente incapacitados para cualquier acto sobrenatural y meritorio de la vida eterna, que supone necesaria e indispensablemente la gracia de Dios. Ello quiere decir que, «aunque repartan entre los pobres toda su hacienda y entreguen su cuerpo a las llamas, *no teniendo caridad,* nada les aprovecha delante de Dios» (1 Cor. 13,3). Es imposible ir más lejos en el servicio del prójimo que repartir toda la hacienda y dar la vida por él; y, sin embargo, está en pie la afirmación rotunda de San Pablo inspirada por el Espíritu Santo: *«No teniendo caridad,*

de nada le aprovecha ante Dios» en orden a la vida eterna. Porque se trata de un acto puramente *natural*, que no tiene ni puede tener repercusión alguna en el orden *sobrenatural*, por la distancia infinita que hay entre los dos órdenes: el de la naturaleza y el de la gracia. El orden de la gracia es totalmente gratuito, pura gracia de Dios, que no puede ser exigido directa ni indirectamente por ninguna actividad puramente natural o humana. Es posible, si Dios así lo quiere, que esos actos naturalmente buenos *dispongan remotamente* o sirvan de *pretexto* a la misericordia de Dios para concederle *gratuitamente* al pecador la gracia del arrepentimiento y del perdón. Pero decir que esto es una *exigencia* física o moral de aquellos actos puramente naturales, es una herejía expresamente condenada por la Iglesia contra pelagianos y semipelagianos[28].

2.ª Los que estando en gracia de Dios y, por consiguiente, incorporados a Cristo como los sarmientos a la vid (Jn. 15,5), realicen algún acto en servicio del prójimo *pero por un motivo puramente natural* (v. gr., por compasión, simpatía, parentesco, etc.) realizan de suyo un acto *natural* (ya que es precisamente el *motivo* quien especifica los actos); pero ese

28. Cf. DENZINGER. 105, 134-35, 141, 176-199.

acto puramente natural recibe cierta influencia remota e indirecta *(in obliquo* diría un teólogo), o sea, cierto resplandor lejano de la gracia y la caridad *habituales* que iluminan su alma. En estas condiciones hay *algo* de mérito sobrenatural, pero escasísimo; porque para el mérito, –como hemos explicado más arriba al hablar de las diferente *intenciones* al obrar– no basta lo simplemente *habitual*, sino que se requiere, al menos, la influencia *virtual*, como repetiremos en seguida.

3.ª Cuando se ha hecho previamente la intención de hacer aquello *por amor a Dios* y perdura la influencia *virtual no retractada a todo lo largo de aquella actividad, el acto de caridad hacia el prójimo es sobrenatural* y meritorio de vida eterna, aunque en el momento de realizarlo no nos acordemos de renovar actualmente aquella primera intención de hacerlo por amor a Dios. Para el mérito sobrenatural basta la *intención virtual no retractada,* como ya explicábamos en su lugar correspondiente.

4.ª Si en el momento mismo de realizar el acto de caridad *actualizamos nuestra intención* de hacerlo por amor a Dios, viendo en el prójimo al mismo Cristo y prestándole nuestro servicio o ayuda con el mismo cariño con que se lo prestaríamos a El, el acto sobrenatural es *perfectísimo* y adquiere ante Dios un valor ex-

traordinario. Entonces sí que se realiza plenamente aquello del Evangelio: «A *mí* me lo hicisteis» (Mt. 25,40), y aquello otro: «El que diere de beber a uno de estos pequeños sólo un vaso de agua fresca *en razón de discípulo,* en verdad os digo que no perderá su recompensa» (Mt. 10,42). Fíjese el lector cómo recalca Jesucristo el *motivo formal* de la caridad: «en razón de discípulo», o sea, viendo a Cristo en él.

Como se ve, en la práctica, la preocupación fundamental del cristiano no debería ser otra que la de procurar que la caridad sobrenatural influyera, al menos *virtualmente,* en todo cuanto hace; y el mejor procedimiento para ello sería rectificar con la mayor frecuencia posible la intención de hacerlo todo por amor a Dios y procurar que esta disposición virtual se convirtiera en *actual* al realizar cualquier acto de caridad en servicio o provecho del prójimo.

Un alma que se preocupara en serio de hacer esto, llegaría en muy poco tiempo a la cumbre de la perfección cristiana; y sin esto no llegará jamás, por mucho que se esfuerce y estimule en todo lo demás. Por eso el autor de la oración que estamos comentando, después de pedir al Señor que le haga «amar inmensamente a todos mis hermanos», añade con admirable precisión teológica:

«...pero únicamente con Vos, por Vos y para Vos».

Después de las explicaciones que acabamos de dar, nos parece innecesario insistir en una cosa tan clara y evidente.

Y continúa la oración:

«¡Oh Dios mío! os amo con todo mi corazón, con toda mi alma y con todas mis fuerzas».

El alma expresa su ardiente deseo de cumplir con la máxima perfección posible el primero y más grande de todos los mandamientos de la Ley de Dios, tal como se nos transmite en la Sagrada Escritura, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. He aquí los principales textos:

ANTIGUO TESTAMENTO:

«Escucha Israel: Yahvé es nuestro Dios, el único Dios. Amarás a Yahvé, tu Dios, con todo su corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas. Las palabras que hoy te digo quedarán en tu memoria, se las repetirás a tus hijos y hablarás de ellas estando en casa y yendo

de camino, acostado y levantado» (Dt. 6,4-7).

«Ahora, pues, Israel, ¿qué es lo que de ti exige Yahvé, tu Dios, sino que temas a Yahvé, tu Dios, siguiendo por todos sus caminos, amando y sirviendo a Yahvé, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y guardando los mandamientos de Yahvé y sus leyes, que hoy te prescribo yo, para que seas dichoso?» (Dt. 10,12-13).

NUEVO TESTAMENTO:

«Le preguntó uno de ellos, doctor, tentándole: Maestro, ¿cuál es el mandamiento más grande de la Ley? El le dijo: Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el más grande y el primer mandamiento» (Mt. 22,35-38).

«Se le acercó uno de los escribas que había escuchado la disputa, el cual, viendo cuán bien había respondido, le preguntó: ¿Cuál es el primero de todos los mandamientos? Jesús contestó: El primero es: Escucha Israel: el Señor, nuestro Dios, es el único Señor, y amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas» (Mc. 12,28-29).

«Levantóse un doctor de la Ley para tentarle, y le dijo: Maestro, ¿qué haré para alcan-

zar la vida eterna? El le dijo: ¿Qué está escrito en la Ley? ¿Cómo lees? Le contestó diciendo: Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente, y al prójimo como a ti mismo. Y le dijo: Bien has respondido. Haz esto y vivirás» (Lc. 10,25-28).

Estos son los principales textos, aunque hay muchos más. Puede decirse que toda la Sagrada Escritura, en su proyección pragmática, es una constante invitación al amor de Dios a causa de su soberana grandeza y de los beneficios que ha derramado sobre nosotros.

Santo Tomás dedica una cuestión entera de la *Suma Teológica* al examen del gran mandamiento del amor, dividida en ocho artículos[29]. Destacamos a continuación algunas de sus ideas más importantes:

1.ª No podía faltar un precepto –el primero y más importante de todos– relativo a la virtud de la caridad. Porque todas las demás virtudes se ordenan a la caridad como los medios al fin, ya que el fin de la vida espiritual es que el *hombre se una con Dios,* lo cual es obra de la caridad. Si, pues, hay preceptos que obligan al ejercicio de las otras virtudes, con mayor ra-

29. II-II 44,1-8.

zón debe haberlo respecto de la caridad (a. 1).

2.ª En el precepto del amor se nos manda amar a Dios *con todo el corazón* porque Dios ha de ser amado como *fin último* al que se han de referir todas nuestras acciones, sin excluir una sola (a. 4).

3.ª Doblemente acontece amar a Dios de todo corazón. *Actualmente,* de suerte que el corazón del hombre esté en todo momento transportado en Dios, y esto no es posible en este mundo, sino *únicamente en el cielo.* Y *habitualmente,* de suerte que no dé entrada a nada contrario al amor de Dios, y esto es posible en esta vida. No se opone a esto el pecado venial, pues no quita el hábito de la caridad al no dirigirse a un objeto contrario a ella; pero dificulta, sin embargo, el uso de la caridad (a. 4 ad 2). La perfección de la caridad, a que se ordenan los *consejos,* ocupa un lugar intermedio entre las dos perfecciones dichas (la actual y la habitual). De suerte que el hombre, en cuanto le es posible, prescinda de las cosas temporales aun lícitas, las cuales, al ocupar el ánimo, retardan el impulso actual del corazón hacia Dios (a. 4 ad 3).

4.ª La fórmula reiterativa de la totalidad de nuestro afecto por parte de nuestro corazón, de nuestra alma, de nuestras fuerzas etc., es para darnos a entender que han de orientarse a Dios *todas nuestras potencias interiores y exteriores:*

el entendimiento, la voluntad, el apetito sensitivo y las potencias ejecutivas exteriores. Y así se nos intima que toda nuestra voluntad o intención recaiga sobre Dios, lo cual es amarle *con todo el corazón;* que nuestro entendimiento se someta enteramente a Dios, lo cual es amarle *con toda la mente;* que la potencia apetitiva se regule según El, y esto es amarle *con toda el alma;* y que nuestra acción exterior le obedezca enteramente, y esto significa amarle *con todas las fuerzas* (a. 5).

5.ª Con el mandamiento del amor intenta Dios que el hombre *se le una por entero,* lo cual se realizará con toda perfección en el cielo, donde «Dios será todo en todos» (1 Cor. 15,28). Pero de una manera imperfecta podemos observar el precepto ya en esta vida, aunque en grados muy distintos de perfección, según nos acerquemos más o menos a aquel supremo ideal de la patria bienaventurada (a. 6).

Esto último es lo que impulsaba a los grandes santos a pedir a Dios que les sacara cuanto antes de esta pobre vida; no para gozar de la felicidad inenarrable del cielo, sino para poder cumplir *con toda perfección y de una manera siempre actual* el gran mandamiento del amor.

Un día la hermana de Santa Teresita, sor Celina, le estaba leyendo a su santa hermana un pasaje sobre la bienaventuranza eterna. Te-

resita, gravemente enferma, la interrumpió de pronto: «No es eso lo que me atrae...» ¿Pues que es? replicó Celina «–¡Oh, es el amor! *Amar, ser amada volver a la tierra para hacer amar al Amor»*[30].

La gran Santa Teresa suspiraba día y noche por el momento feliz de encontrarse con Dios en el cielo pues se moría de amor acá en la tierra: «Sácame de aquesta muerte –mi Dios, y dame la vida– no me tenga impedida en este lazo tan fuerte– Mira que muero por verte y vivir sin Ti no puedo– *que muero porque no muero»*. Y el sublime místico fontivereño, enfermo y llagado de amor, «sintiéndose ya el alma toda inflamada en la divina unión y ya su paladar todo bañado en gloria y amor» exclamaba hablando con su *Llama de amor viva:* «pues ya no eres esquiva acaba ya, si quieres; ¡rompe la tela de este dulce encuentro!». Esto mismo es lo que han sentido todos los verdaderos santos y místicos experimentales. Lo que les atrae del cielo y lo que, por lo mismo, les hace desear la muerte como un dulce sueño, es porque en la patria bienaventurada podrán amar a Dios con todo su corazón, con toda su alma y con todas sus fuerzas, cumpliendo en

30. *Obras completas de Santa Teresita* (Burgos, 1964). *Novísima verba*, p. 1.132.

toda su perfección el gran mandamiento del amor, como no es posible en esta vida.

«Más que a mi pobre vida, más que a mi pobre alma, más que a mi propia salvación, que os pido humildemente, subordinándola a vuestra mayor gloria».

Como hemos explicado largamente en otra parte[31], la perfección cristiana consiste especialmente en la perfección de la caridad en su triple aspecto de amor a Dios, a nosotros mismos y al prójimo por Dios.

Ahora bien: en el desarrollo de la virtud de la caridad se distinguen tres grados fundamentales: *incipiente, proficiente y perfecto,* que son como la infancia, la adolescencia y la madurez de la vida cristiana. Escuchemos al Doctor Angélico explicando admirablemente las características fundamentales de cada uno de esos grados[32]:

«En el primer grado, la preocupación fundamental del hombre debe ser la de *apartarse*

31. *Cf. nuestra Teología de la perfección cristiana,* 5.ª ed. BAC (Madrid, 1968), ns. 147 ss.

32. II-II, 24, 9.

del pecado y resistir a sus concupiscencias, que se mueven en contra de la caridad. Y esto pertenece a los *incipientes*, en los que la caridad ha de ser alimentada y fomentada para que no se corrompa.

En el segundo grado, el hombre ha de preocuparse principalmente de *adelantar en el bien*. Y esto corresponde a los *proficientes*, que han de procurar que la caridad aumente y se fortalezca en su alma.

En el tercer grado, en fin, el hombre ha de procurar *unirse íntimamente a Dios y gozar de El*. Y esto pertenece a los perfectos que «desean morir para estar con Cristo» (Flp. 1,23). Como vemos que ocurre en el movimiento corporal, en el que lo primero es abandonar el punto de partida, lo segundo acercarse al término y lo tercero descansar en él».

El alma que desea santificarse de veras ha de aspirar con todas sus fuerzas al tercero de estos grados de caridad: *la unión íntima con Dios y su gozo fruitivo*. Y, en consecuencia, ha de esforzarse en amar a Dios «más que a su pobre vida, más que a su propia alma y *más que a su propia salvación*, a la que –sin embargo– no puede ni debe renunciar, sino que la ha de «pedir humildemente subordinándola a su mayor gloria», como dice muy oportunamente la oración que comentamos.

En efecto. Los quietistas y semiquietistas, llegaron a pensar, con su mente extraviada, que el perfecto y omnímodo abandono a la voluntad de Dios ha de llevarnos a la plena indiferencia con respecto a nuestra propia salvación e incluso a renunciar a ella si ésta fuera la voluntad de Dios.

¡De ninguna manera! Estos delirios y extravíos quietistas y semiquietistas están expresamente condenados por la Iglesia[33]. Consta en la Sagrada Escritura que «Dios quiere que todos los hombres se salven y vengan al conocimiento de la verdad» (1 Tim. 2,4) y solamente *permite* que se condenen los que voluntariamente se empeñan en ello conculcando sus mandamientos y muriendo impenitentes. Renunciar a nuestra propia salvación con el pretexto de practicar con mayor perfección el abandono total en manos de Dios sería oponernos insensatamente a la voluntad misma de Dios, que quiere salvarnos, y al apetito natural de nuestra propia felicidad, que nos viene del mismo Dios a través de la naturaleza. Lo único que se debe hacer es desear y pedir nuestra propia salvación, no sólo ni principalmente porque con ella alcanzaremos nuestra felicidad eterna, sino ante todo porque Dios lo quiere, y con ella le glorificaremos con todas nuestras fuer-

33. Cf. DENZINGER, 508, 1232, 1332.

zas. El motivo de la gloria de Dios ha de ser el primero, y debe prevalecer por encima del de nuestra propia felicidad, pero sin renunciar jamás a esta última, que entra plenamente –aunque en segundo lugar– en el mismo querer y designio de Dios.

Entonces, ¿hasta dónde debe llegar nuestra indiferencia y abandono a la voluntad de Dios para poder llegar a la plena perfección de la caridad en la que consiste la santidad? Escuchemos a San Francisco de Sales explicándolo admirablemente:

«La indiferencia se ha de practicar en las cosas referentes a la *vida natural,* como la salud, la enfermedad, la hermosura, la fealdad, la flaqueza, la fuerza; en las cosas de la *vida social,* como los honores, categorías y riquezas; en los diversos estados de la *vida espiritual,* como las sequedades, consuelos, gustos y arideces; en las acciones, en los sufrimientos y, en fin, en toda clase de acontecimientos y circunstancias»[34].

En los siguientes capítulos describe maravillosamente el santo obispo de Ginebra cómo se ha de practicar esta indiferencia y omnímodo

34. SAN FRANCISCO DE SALES. *Tratado del amor de Dios,* lib. 9, c. 5.

abandono en las más difíciles circunstancias: *en las cosas del servicio de Dios,* cuando El permite el fracaso después de haber hecho de nuestra parte todo cuanto podíamos; en nuestro *adelantamiento espiritual,* cuando, a pesar de todos nuestros esfuerzos, parece que no adelantamos nada; en la *permisión de los pecados ajenos,* que hemos de odiar en sí mismos, pero adorando a la vez la divina permisión, que no los permite jamás sino para sacar mayores bienes; *en nuestras propias faltas,* que hemos de odiar y reprimir, pero aceptando a la vez la humillación que nos reportan y doliéndonos de ellas con un «arrepentimiento fuerte, sereno, constante y tranquilo, pero no inquieto, turbulento ni desalentado» etc., etc. Es preciso leer despacio esas preciosas páginas, llenas de delicadas sugerencias e ingeniosas comparaciones, que constituyen como el código fundamental que han de tener en cuenta las almas en su vida de abandono a la divina voluntad[35].

«Pero quisiera amaros con el amor de los más abrasados serafines, con el de todos los ángeles y bienaventurados del cielo, almas del purgatorio y justos de la tierra».

35. Es también muy recomendable el precioso libro de DOM VITAL LEHODEY, *El Santo abandono,* fuertemente influenciado por San Francisco de Sales a quien cita continuamente.

El alma quiere intensificar cada vez más el fuego del divino amor que la consume y abrasa; y dándose perfecta cuenta de la pequeñez y debilidad de su propio corazón, extiende su mirada a toda la Iglesia de Jesucristo en su triple estadio: triunfante, purgante y militante, uniéndose y asociándose al amor de «todos los bienaventurados del cielo, almas del purgatorio y justos de la tierra».

1. *En el cielo* –como ya dijimos al hablar de los diversos grados de predestinación– no todos los bienaventurados aman a Dios con el mismo grado de intensidad, sino con el correspondiente al grado de gracia y de caridad alcanzado en este mundo hasta el momento de la muerte. Pero todos están del todo felices y contentos, porque cada uno de ellos tiene completamente llena y colmada su propia capacidad de amar y aman a Dios «con toda su alma, con toda su mente y con todas sus fuerzas». Ni es posible entre ellos la menor envidia, no solamente por la razón que acabamos de indicar –la de tener plenísimamente satisfecha su capacidad de amar– sino porque la unión y compenetración espiritual entre todos los bienaventurados es tan grande y absoluta que cada uno de ellos se alegra y goza de la felicidad de los demás bienaventurados tanto y más que de la suya propia; porque el motivo o la *razón*

formal de la virtud de la caridad en el cielo es la mismísima que la que tiene actualmente en la tierra, a saber: *la bondad infinita de Dios* participada por las criaturas[36], y, por lo mismo, amaremos en el cielo con mayor intensidad a los que están más cerca de Dios[37] –los grandes santos– que a nosotros mismos y a nuestros propios parientes. Y así, por ejemplo, nos alegraremos inmensamente que Santa Teresa goce de Dios y tenga mayor gloria que nosotros mismos, asociándonos íntimamente a su ardiente amor y con gozo y alegría de que ella nos supere con mucho a nosotros mismos; y lo mismo hay que decir de los demás santos y bienaventurados, cada uno según el grado de gloria que esté disfrutando. Y esto mismo vale también para los ángeles[38], cuyos grados de gloria son diferentísimos entre sí, teniendo en cuenta, además, que no hay dos ángeles iguales y de la misma especie, sino que cada uno de ellos es *específicamente distinto* de todos los demás, como enseña y prueba el Doctor Angélico Santo Tomás de Aquino, máximo teólogo de la Iglesia[39].

36. II-II, 25, 1 y 10.
37. II-II, 26, 6-8.
38. II-II, 25, 10.
39. I, 50, 4; 75, 7; 76, 2 ad 1. Es como si en el reino animal no hubiera más que un solo ejemplar de cada especie: un solo caballo, un solo perro, un solo león, etc., sin que puedan existir entre los ángeles dos de la misma especie. Cada uno de ellos es *único* específicamente.

2. El alma se asocia también al amor con que aman a Dios las *almas del purgatorio* –que constituyen la Iglesia *purgante*–, al mismo tiempo que procura ayudarles con sus oraciones y sufragios para apresurar la hora de su liberación y entrada en la bienaventuranza eterna.

3. Y, finalmente, se asocia también a todos los *justos de la tierra* –que forman la Iglesia *militante*–, ofreciendo al Señor el inmenso amor con que le aman, sobre todo, las almas que han logrado escalar las grandes alturas de la santidad, llegando a la llamada «unión transformativa o matrimonio espiritual» tan maravillosamente descritos por San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús.

Parece que con todo esto debería ya el alma darse por satisfecha, pero no es así. Extendiendo su mirada al Universo entero, quiere amar a Dios con el corazón y el amor de *todas las criaturas visibles e invisibles,* incluyendo a las que nunca han amado a Dios, no le aman actualmente o no le amarán jamás hasta el fin de los siglos. Y va más lejos todavía: extiende su mirada incluso a los que, no sólo no aman ni amarán jamás a Dios, sino que le odian y le odiarán eternamente –los demonios y condenados del infierno–, y quisiera amar a Dios incluso con el corazón de esos desdichados, cambiando su odio en amor y sus blasfemias en

«alabanzas de gloria» de la Trinidad Beatísima, como hacen los bienaventurados en el cielo.

En fin: el alma vuelve una vez más su mirada al cielo –que es la Patria bienaventurada por la que suspira día y noche– y se asocia íntimamente al amor incomparable con que aman a Dios los tres sagrados personajes de la Sagrada Familia de Nazaret: Jesús, María y José.

a) Procediendo en escala ascensional de menor a mayor, quisiera amar a Dios con el corazón de *San José,* el dulce esposo de María y padre virginal de Jesús, el santo de la oscuridad y del silencio, el gran maestro de oración para las almas contemplativas[40], Patrono de la Iglesia Universal y de los moribundos que mueren en el Señor (¡qué muerte tan envidiable la de San José, en los brazos de Jesús y de María!); el santo que, en frase de Santa Teresa, no es especialista en socorrer en una determinada necesidad porque las socorre en todas[41].

40. «En especial personas de oración siempre le habrían de ser aficionadas, que no se cómo se puede pensar en la Reina de los Angeles, en el tiempo que tanto pasó con el Niño Jesús, que no den gracias a San José por lo bien que les ayudó en ellos. Quien no hallare maestro que le enseñe oración, tome este glorioso santo por maestro, y no errará el camino» (SANTA TERESA. *Vida,* c. 6, n.8).

41. «Que a otros santos parece les dio el Señor gracia para socorrer en una necesidad, a este glorioso santo (San José) tengo

La devoción a San José es una de las más entrañables entre las almas contemplativas.

b) Después y muy por encima de San José, el alma pone sus ojos en su santísima esposa y dice que quisiera amar a Dios «con el Corazón Inmaculado de María».

Ninguna criatura angélica o puramente humana ha amado ni amará jamás a Dios como le amó la Virgen María desde el instante mismo de su Concepción Inmaculada. Hoy es *doctrina común* entre los mariólogos católicos que la Santísima Virgen recibió de Dios en el instante mismo de su Concepción Inmaculada mayor caudal de gracia que el que tienen en el cielo todos los ángeles y bienaventurados juntos. He aquí la explicación razonada de esa *plenitud inmensa* de la gracia inicial de María:

1.º El inmortal Pontífice Pío IX, en la bula *Ineffabilis Deus* con la que proclamó el dogma de la Inmacuada Concepción, escribe terminantemente:

experiencia que socorre en todas, y que quiere el Señor darnos a entender que así como le fue sujeto en la tierra –que como tenía nombre de padre siendo ayo, le podía mandar–, así en el cielo hace cuanto le pide» (SANTA TERESA. *Vida*, c. 6, n. 6).

«En tanto grado la amó Dios *por encima de todas las criaturas,* que en sola Ella se complació con señaladísima benevolencia. Por lo cual, tan maravillosamente la colmó de la abundancia de todos los celestiales carismas, sacada del tesoro de la divinidad, *muy por encima de todos los ángeles y santos,* que Ella, libre siempre absolutamente de toda mancha de pecado y *toda hermosa y perfecta, manifestase tal plenitud de inocencia y santidad, que no se concibe en modo alguno mayor después de Dios* y nadie puede imaginar fuera de Dios»[42].

2.º Esta plenitud de gracia que recibió María en el instante de su concepción fue tan inmensa que, como ya hemos dicho, según sentencia hoy común entre los mariólogos, la plenitud inicial de la gracia de María fue mayor que la gracia consumada de todos los ángeles y bienaventurados juntos. Lo cual no debe sorprender a nadie, porque, como explica San Lorenzo Justiniano[43], el Verbo divino amó a la Santísima Virgen María, en el instante mismo de su Concepción, más que a todos los ángeles y santos juntos; y como la gracia responde al amor de Dios y es efecto del mismo, a la Virgen se le infundió la gracia con una plenitud

42. Pío IX, bula *Ineffabilis Deus,* al comienzo.
43. Cf. *Sermón De Nativitate Virginis.*

inmensa, incomparablemente mayor que la de todos los ángeles y bienaventurados juntos.

3.º Sin embargo, la plenitud de la gracia de María, con ser tan inmensa, no era una plenitud *absoluta,* como la de Cristo, sino *relativa y* proporcionada a su dignidad de Madre de Dios. Por eso Cristo no creció ni podía crecer en gracia, y, en cambio, pudo crecer, y creció de hecho, la gracia de María. La Virgen fue creciendo continuamente en gracia con todos y cada uno de los actos de su vida terrena, hasta alcanzar al fin de ella una plenitud tan inmensa que rebasaba los cálculos de la pobre imaginación humana. Dios ensanchaba continuamente la capacidad receptora del alma de María, de suerte que estaba siempre llena de gracia y, al mismo tiempo, crecía continuamente en ella. Siempre *llena* y siempre *creciendo:* tal fue la maravilla de gracia santificante acumulada en el Corazón Inmaculado de la Madre de Dios.

c) Después de asociarse al amor con que aman a Dios el glorioso Patriarca San José y el Corazón Inmaculado de María, el alma se remonta al más alto grado de unión con Dios que puede darse en todo el orden creado –la unión *hipostática o personal*– y se asocia al amor *infinito* con que ama a Dios el Corazón adorable de Jesús.

¡El amor a Dios del Corazón de Jesús, el amor a Dios del Verbo divino hecho hombre! ¿Quién podrá asomarse a ese abismo insondable sin sentir el vértigo de lo infinito apoderándose de la pobre criatura?

Recordemos, brevísimamente, los puntos fundamentales de la teología de la gracia de Jesucristo, Dios y Hombre verdadero[44].

1.º *Jesucristo poseyó la plenitud absoluta de la gracia, tanto intensiva como extensivamente.*

La plenitud se llama *absoluta* cuando la gracia alcanza el *sumo grado participable por la criatura,* de suerte que no puede ya crecer o hacerse mayor. Y se llama *relativa* cuando llena por completo la capacidad *actual* del sujeto receptor, pero de suerte que podría crecer o hacerse mayor si se ensanchara la capacidad receptora del sujeto (como ocurrió en la Virgen María).

Cristo poseyó la plenitud absoluta de la gracia no sólo *intensivamente*, en cuanto que la poseyó en el sumo grado posible, sino también *extensivamente,* en cuanto que su gracia se extiende a todos los efectos posibles que pueden derivarse de la misma (por ejemplo, la

44. Cf. nuestra obra *Jesucristo y la vida cristiana.* BAC (Madrid, 1961) donde lo explicamos ampliamente.

santificación de todo el género humano).

2.º *La plenitud absoluta de la gracia es propia y exclusiva de Jesucristo. La plenitud relativa puede ser poseída por otros.*

En este sentido se explican perfectamente las expresiones bíblicas que aluden a una *plenitud de gracia* referida a la Santísima Virgen –«Dios te salve, llena de gracia» (Lc. 1,28)–, a San Esteban –«Esteban, lleno de gracia y de virtud» (Act. 6,8)– a San Bernabé –«lleno del Espíritu Santo y de fe» (Act. 11,24)– etc. Quiere decir que tanto la Santísima Virgen como San Esteban, San Bernabé, etc., poseían la *plenitud relativa* de la gracia, o sea, toda la que necesitaban para el digno desempeño de sus funciones de Madre de Dios y Mediadora de todas las gracias, de protomártir o apóstol de Cristo, etc.

3.º *Además de la plenitud absoluta de la gracia habitual o santificante, Cristo poseyó todas las virtudes infusas en grado sumo, así como la plenitud de los dones del Espíritu Santo y todos los carismas o gracias «gratis dadas».*

La Iglesia recoge todo esto en algunas invocaciones de la Letanía del Corazón de Jesús: «Abismo de todas las virtudes, hoguera ardiente de caridad, en quien habita toda la plenitud de la divinidad, fuente de vida y santidad, de cuya plenitud todos hemos recibido», etc., etc.

Parece que es ya imposible subir más arriba en el grado de amor de Dios que llenaba con plenitud absoluta el Corazón adorable de Jesús. Y, sin embargo, la oración que estamos comentando remonta el vuelo todavía más arriba y, con increíble audacia, dice:

«Quisiera, finalmente, hundirme en ese Océano infinito, en ese Abismo de fuego que consume al Padre y al Hijo en la unidad del Espíritu Santo, y amaros con vuestro mismo infinito amor».

¡Amar a Dios con su mismo amor infinito, o sea, amarle tanto cuanto El nos ama a nosotros! Es la locura de amor, el sueño inalcanzable de los grandes santos, cuyo mayor tormento en este mundo es su radical impotencia para lograrlo, dada la distancia infinita, absolutamente insalvable, entre el Todo y la Nada, entre Dios y las criaturas.

Pero llega un momento, cuando el alma logra escalar la sublime altura de la *unión transformativa o matrimonio espiritual* en que se siente claramente que Dios *la asocia a su propio ser infinito* de tal suerte que la hace *Dios por participación,* uniéndola íntimamente a las mismas procesiones intratrinitarias por las que el Padre engendra a su Hijo y de ambos a dos

procede el Espíritu Santo. Entonces el alma comienza a amar a Dios *tanto como es amada por El,* puesto que ha sido asociada al amor infinito con que Dios se ama a Sí mismo y a todas sus criaturas. Escuchemos a San Juan de la Cruz explicando, como nadie ha sabido hacerlo, estas increíbles maravillas[45]:

«Este *aspirar del aire* es una habilidad que el alma dice que le dará Dios allí en la comunicación del Espíritu Santo, el cual, a manera de aspirar, con aquella su aspiración divina muy subidamente levanta el alma y la informa y habilita para que ella *aspire en Dios la misma aspiración de amor que el Padre aspira en el Hijo y el Hijo en el Padre, que es el mismo Espíritu Santo* que a ella la aspira en el Padre y el Hijo en la dicha transformación, para unirla consigo; *porque no sería verdadera y total transformación si no se transformase el alma en las tres Personas de la Santísima Trinidad en revelado y manifiesto grado.* Y esta tal aspiración del Espíritu Santo en el alma con que Dios la transforma en sí le es a ella de tan subido y delicado y profundo deleite, que no hay decirlo por lengua mortal, ni el entendimiento humano en cuanto tal puede alcan-

45. SAN JUAN DE LA CRUZ, *Cántico espiritual,* canción 39, n. 3.

zar algo de ello; porque aún lo que en esta transformación temporal pasa cerca de esta comunicación en el alma no se puede hablar, porque el alma, unida y transformada en Dios, *aspira en Dios a Dios la misma aspiración divina que Dios –estando ella en El transformada– aspira en sí mismo a ella.»*

Esto es lo que ocurrirá y gozará el alma habitualmente en la *visión beatífica del cielo,* como explica el propio San Juan de la Cruz en la anotación para la canción 39 a la que pertenecen las palabras que acabamos de citar. Pero *aún en esta vida* se le da al alma transformada una especie de anticipo transitorio de aquella sublime gloria que gozará en el cielo. Escuchemos de nuevo a San Juan de la Cruz en el párrafo inmediatamente siguiente al que acabamos de citar[46].

«Y en la transformación que el alma tiene *en esta vida pasa esta misma aspiración de Dios al alma y del alma a Dios con mucha frecuencia,* con subidísimo deleite de amor en el alma, aunque no en revelado y manifiesto grado como en la otra vida... Y no hay que tener por imposible que el alma pueda una cosa tan alta, que el alma aspire en Dios como Dios as-

46. Id. Id. n. 4.

pira en ella por modo participado, porque dado que Dios la haga merced de unirla a la Santísima Trinidad en que el *alma se hace deiforme y Dios por participación, ¿qué increíble cosa es que obre ella también su obra de entendimiento, noticia y amor, o, por mejor decir, la tenga obrada en la Trinidad juntamente con ella como la misma Trinidad, pero por modo comunicado y participado, obrándolo Dios en la misma alma?* Porque esto es estar transformada en las tres Personas en potencia y sabiduría y amor, y en esto es semejante el alma a Dios, y para que pudiese venir a esto la crió a su imagen y semejanza» (Gén. 1,26).

Y añade San Juan de la Cruz un poco más abajo[47]:

«De donde las almas esos mismos bienes poseen *por participación* que El por naturaleza, por lo cual verdaderamente son *dioses por participación, iguales y compañeros suyos de Dios»*.

«¡Oh almas criadas para estas grandezas y *para ellas llamadas!* ¿qué hacéis, en qué os entretenéis? Vuestras pretensiones son bajezas y vuestras posesiones miserias. ¡Oh, miserable ceguera de los ojos de vuestra alma, pues para

47. Id. Id. ns. 6 y 7.

tanta luz estáis ciegos y para tan grandes voces sordos, no viendo que, en tanto que buscáis grandezas y glorias, os quedáis miserables y bajos, de tantos bienes hechos ignorantes e indignos!».

Insistiendo en estas mismas ideas y precisando con admirable exactitud la diferencia que hay entre la transformación del alma en Dios en esta vida –por el matrimonio espiritual– y la que tendrá en el cielo mediante la visión beatífica, escribe todavía San Juan de la Cruz[48]:

«Esta *pretensión* del alma es la *igualdad de amor con Dios* que siempre ella natural y sobrenaturalmente apetece, porque el *amante no puede estar satisfecho si no siente que ama cuanto es amado;* y como el alma ve que con la transformación que tiene en Dios en esta vida, aunque es inmenso el amor, no puede llegar a igualar con la perfección de amor con que de Dios es amada, desea la clara transformación de gloria en que llegará a igualar con dicho amor, porque aunque en este alto estado que aquí tiene hay unión verdadera de voluntad, no puede llegar a los quilates y fuerza de amor que en aquella fuerte unión de gloria

48. Id. canción 38, ns. 3 y 4.

tendrá; porque así, como dice San Pablo, «conocerá el alma entonces como es conocida por Dios» (1 Cor. 13,12), así entonces le amará también como es amada de Dios; porque así como entonces su entendimiento será entendimiento de Dios, su voluntad será voluntad de Dios, y así su amor será amor de Dios. Porque aunque allí no está perdida la voluntad del alma, está tan fuertemente unida con la fortaleza de la voluntad de Dios con que de El es amada, *que le ama tan fuerte y perfectamente como de El es amada,* estando las dos voluntades unidas en una sola voluntad y un solo amor de Dios, y así ama el alma a Dios con voluntad y fuerza del mismo Dios, unida con la misma fuerza de amor con que es amada de Dios; la cual fuerza es en el Espíritu Santo, en el cual está el alma allí transformada, que, siendo El dado al alma para la fuerza de este amor, supone y suple en ella, por razón de la tal transformación de gloria, lo que falta en ella.

Lo cual, aún en la transformación perfecta de este estado matrimonial a que en esta vida el alma llega, en que toda está revertida en gracia, en alguna manera ama tanto por «el Espíritu Santo que le es dado» (Rom. 5,5) en la tal transformación...

Hasta llegar a esto no está el alma contenta, ni en la otra vida lo estaría, si como dice

Santo Tomas[49], no sintiese que *ama a Dos tanto cuanto de El es amada.* Y, como queda dicho, en este estado de matrimonio espiritual de que vamos hablando en esta sazón, aunque no haya aquella perfección de amor glorioso, hay, empero, un vivo viso e imagen de aquella perfección, que totalmente es inefable».

Tal es la inconcebible altura a que el alma puede llegar, aun en esta vida, si logra escalar –elevándola Dios– la cumbre del Monte Carmelo –la unión transformante o matrimonio espiritual– donde San Juan de la Cruz escribió aquella fórmula sublime: «Sólo mora en este Monte la honra y gloria de Dios».

El alma, deseosa de incendiar al mundo entero en estos mismos ardores, termina el párrafo de la oración que estamos comentando con estas palabras:

«Y quisiera que todas vuestras criaturas pasadas, presentes y futuras, os hubiésemos amado y os amaran así desde el primer instante de su ser y seguir haciéndolo hasta la consumación de los siglos y por toda la eternidad».

Aquí podría haber dado por terminada su

49. En el tratado *De Beatitudine*, a él atribuido.

hermosa oración. Pero viendo que la inmensa mayoría de los hombres no se preocupan de amar a Dios o le aman de una manera muy imperfecta, quiere manifestarle su complacencia en que sea infinitamente feliz en Sí mismo, independientemente de la conducta ciega e insensata de la mayor parte de la humanidad. Por eso escribe con inmenso *amor de complacencia:*

«Quiero, Dios mío, poner mi alegría en vuestra alegría, mi felicidad en vuestra felicidad, mi gloria en vuestra gloria. Que el pensamiento de que Vos, Dios mío, sois infinitamente feliz y no dejaréis de serlo jamás ocurra lo que ocurra, sea ya la fuente única, el manantial inagotable de mis alegrías y toda mi felicidad».

El alma se siente plenamente feliz sencillamente *porque Dios lo es* en grado infinito, o, mejor dicho, por encima de todos los grados imaginables –puesto que el infinito no admite grados– aunque este amor no le reportara ningún beneficio al alma que lo experimenta. Es el *puro amor* o amor *totalmente desinteresado* que, aunque no puede darse como *estado habitual* –porque no podemos ni debemos prescindir de la *esperanza* y deseo de nuestra propia felicidad, que encontraremos plenamente en

Dios poseído y gozado en el cielo[50]–, pero sí como acto transitorio y aislado, como lo han experimentado todos los santos.

Hemos de amar a Dios con todas las fuerzas y de todos los modos posibles con que se le puede amar. Y así hemos de practicar principalmente:

a) *El amor penitente,* doliéndonos con perfecta contrición de haberle ofendido en el pasado y proponiéndonos no volver jamás a disgustarle.

b) *El amor de conformidad,* cumpliendo exactamente y por amor los divinos preceptos y aceptando no sólo con resignación –que es virtud muy imperfecta– sino con alegría y gratitud todas cuantas pruebas quiera enviarnos, por duras y penosas que sean, pidiéndole su gracia para serle fieles en todo momento próspero o adverso.

c) *El amor de benevolencia,* por el que desearíamos, si posible fuera, proporcionarle a Dios algún nuevo bien y felicidad que no tenga

50. La Iglesia condenó la doctrina *quietista*, según la cual «se da un *estado habitual* de amor de Dios que es caridad pura sin mezcla alguna de propio interés. Ni el temor de las penas ni el deseo de las recompensas tienen ya parte en él. No se ama ya a Dios por el merecimiento, ni por la perfección, ni por la felicidad que ha de hallarse en amarle» *(Denzinger,* 1327). Esto no puede darse como *estado habitual* porque equivaldría a prescindir de la virtud teologal de la esperanza, que es obligatoria.

todavía. Y como esto no es posible intrínsecamente –ya que Dios es en Sí mismo el Bien absoluto e infinito al que nada se le puede añadir–, por lo menos nos esforzaremos por aumentar su *gloria extrínseca*, trabajando en la salvación y santificación de las almas y en extender su reinado de amor en todos los corazones. El celo –dice Santo Tomás– procede de la intensidad del amor (I-II, 28,4).

d) *El amor de amistad*, que se funda en el de benevolencia y añade la mutua correspondencia y comunicación de bienes (II-II, 23,1). Y sobre todo:

e) *El amor de complacencia*, que es el *puro amor* y sin mezcla alguna de interés, por el que descansamos en las infinitas perfecciones de Dios, alegrándonos y complaciéndonos en ellas porque le hacen infinitamente feliz y dichoso, sin tener para nada en cuenta –en un momento dado– las ventajas que de esa su dicha y felicidad puedan refluir sobre nosotros. Este *amor puro* no puede darse como *estado habitual* –como acabamos de indicar en nota–, porque equivaldría a prescindir habitual y permanentemente de la virtud teologal de la esperanza, que es absolutamente obligatoria y la tercera en dignidad de todas las virtudes cristianas (después de la caridad y de la fe). Pero sí puede darse como acto aislado, o sea, como olvidándonos por un momento de nuestra pro-

pia felicidad para pensar únicamente en la de Dios. Eso es lo que quiso expresar el autor del famosísimo soneto «No me mueve, mi Dios, para quererte el cielo que me tienes prometido, etc.».

Este amor de *complacencia en la felicidad de Dios* es el más perfecto acto de caridad que podemos hacer en este mundo, y en realidad, el único que seguiremos practicando en el cielo por toda la eternidad. Por eso el alma manifiesta a Dios su alegría de que «sea infinitamente feliz y que no dejará de serlo *ocurra lo que ocurra*» en este pobre mundo tan apartado de Dios. Quiere que la felicidad misma de Dios sea «la fuente única, el manantial inagotable de sus alegrías y toda su felicidad». Imposible ir más lejos en el puro amor de complacencia.

Pero el alma tiene todavía muchas cosas grandes que decir. Hasta aquí ha dirigido toda su oración a Dios Uno y Trino en su conjunto, sin hacer especial mención de alguna de las tres divinas Personas en particular. Pero antes de terminar su ardiente plegaria quiere dirigirse por separado a cada una de ellas, para pedirles algo muy concreto que encaje perfectamente con lo propio y característico de cada Persona divina en cuanto distinta de las otras dos. Y comenzando por el Eterno Padre le dice:

«¡Padre Eterno, Principio y Fin de todas las cosas!»

Esta primera invocación está cargada de profundo sentido teológico, que vamos a desentrañar brevemente a continuación.

¡PADRE ETERNO! Dios es eterno, o sea, ha existido *siempre* sin que haya *comenzado jamás* a existir. Si imagináramos absurdamente un solo instante remotísimo en el que Dios no existía todavía, *jamás hubiera podido existir.* Porque, ¿quién podría *crear* a Dios que no fuera el mismo Dios, autor de todo cuanto existe? El dilema es inexorable: o Dios ha existido *siempre* –eternidad de Dios– o no ha existido nunca. Y como la misma razón natural puede demostrar *con toda certeza* la existencia de Dios[51], hay que concluir que Dios ha existido *siempre,* o sea, que Dios es eterno.

La eternidad propiamente dicha –definida admirablemente por Boecio como «la posesión total, simultánea y perfecta de una vida interminable» –es propia y exclusiva de Dios. Sólo El es eterno, o, más bien, es su propia eterni-

51. El concilio Vaticano I formuló expresamente el siguiente canon dogmático: «Si alguno dijere que Dios vivo y verdadero, Creador y Señor nuestro, no puede ser conocido con *certeza* por la luz natural de la *razón humana* por medio de las cosas que han sido hechas, sea anatema *(Denzinger,* 1806).

dad. Las criaturas intelectuales –ángeles y hombres– participan y participarán eternamente, a su modo, de la eternidad de Dios; pero no son *eternas* en sí mismas –aunque sean inmortales– puesto que *comenzaron a existir* cuando Dios las creó.

La eternidad propiamente dicha pertenece por igual –como todos los demás atributos esenciales– a las tres divinas Personas de la Trinidad Beatísima. Pero se *atribuye* de una manera especial al Padre por razón de ser *ingénito,* o sea, por razón de su propia *innascibilidad.* El no procede de nadie, a diferencia del Hijo que es engendrado por el Padre, y a diferencia del Espíritu Santo que procede por vía de amor del Padre y del Hijo; sin que esta generación, o esta procedencia menoscabe en lo más mínimo la *eternidad* común a las tres divinas Personas. Todo es absolutamente simultáneo, como nos enseña la fe en el maravilloso símbolo «Quicumque»[52].

«Eterno el Padre, eterno el Hijo, eterno el Espíritu Santo. Y, sin embargo, no son tres eternos, sino un solo eterno; de la misma manera no son tres increados ni tres inmensos, sino un solo increado y un solo inmenso... En

52. Cf. *Denzinger*. n. 39. Ver el texto completo del *Quicumque* en el Apéndice, pág. 119.

esta Trinidad, nada es antes ni después, nada mayor o menor; sino que las tres Personas son entre sí coeternas e iguales entre sí; de suerte que en todo hay que venerar lo mismo la unidad en la Trinidad que la Trinidad en la unidad».

«PRINCIPIO Y FIN DE TODAS LAS COSAS»

Dios Padre es el *Principio* de todas las cosas. No en el sentido de que El sea personalmente el Creador del Universo –la Creación pertenece por igual a las tres divinas Personas, por ser una operación *ad extra,* no intratrinitaria–, sino porque respecto a las otras dos divinas Personas el Padre es como la raíz, la base de todo el misterio trinitario»[53].

Y Dios Padre, junto con el Hijo y el Espíritu Santo –y por la misma razón de tratarse de una operación *ad extra*– es el *Fin de todo cuanto existe.* Ya hemos explicado en su lugar correspondiente que Dios creó todas las cosas por Sí y para Sí, o sea, para su propia *gloria extrínseca* unida por El, con inefable amor, a la felicidad de todas sus criaturas. Dios encuentra su gloria extrínseca haciéndonos felices a nosotros, y nosotros encontramos nuestra

53. Cf. I, 33,1.

propia felicidad amando y glorificando a Dios. Es el colmo de la sabiduría y del amor de Dios Creador.

«Por el Corazón Inmaculado de María os ofrezco a Jesús, vuestro Verbo Encarnado»

Nada absolutamente podemos ofrecerle al Eterno Padre que le sea más grato que su Verbo Encarnado, su «Hijo muy amado en el que tiene puestas todas sus complacencias» (Mt. 17,5). Y no atreviéndonos a ofrecérselo por nosotros mismos –pobres y miserables pecadores– se lo ofrecemos –como sobre una limpísima patena de oro– por el Corazón Inmaculado de María, que reúne, a la vez, los tres títulos supremos con relación a las tres divinas Personas: Hija del Padre, Madre del Hijo y Esposa del Espíritu Santo. Imposible imaginar nada más limpio y entrañable.

¿Y para qué le ofrecemos al Padre a su «Hijo muy amado en el que tiene puestas todas sus complacencias»? Se lo decimos en seguida en la oración que estamos comentando:

«Y por El, con El y en El...»

Llegamos aquí a uno de los enunciados más fundamentales de toda la vida cristiana, o,

mejor dicho, al más importante de todos. La Iglesia, nuestra Madre, lo usa todos los días en uno de los momentos más augustos y solemnes del santo sacrificio de la Misa: «Per ipsum, et cum ipso, et in ipso est tibi Deo Patri omnipotenti, in unitate Spiritus Sancti, omnis honor et gloria».

Como ya hemos recordado repetidas veces, la glorificación de la Trinidad Beatísima es el fin último y absoluto de la creación del mundo y de la redención y santificación del género humano.

Pero, en la economía actual de la divina Providencia y de la gracia, esa glorificación no se realiza sino *por* Jesucristo, *con* Jesucristo y *en* El. De manera que todo lo que pudiere intentar el hombre para glorificar a Dios *fuera de Cristo* estaría completamente *fuera del camino* y sería completamente inepto para lograr esa finalidad. Todo se reduce, pues, a incorporarse cada vez más a Cristo para hacerlo todo «por El, con El y en El, bajo el impulso del Espíritu Santo para gloria del Padre». Esta es toda la vida cristiana. Veámoslo cuidadosamente más despacio[54].

54. Hemos expuesto ampliamente todo esto en nuestra *Teología de la perfección cristiana,* 5.ª ed. BAC (Madrid, 1968) ns. 60-68, algunas de cuyas principales idea recogemos aquí.

«Por El...»

Cristo es el único «Camino» (Jn. 14,6). «Nadie puede ir al Padre sino por El» (ibid.), ya que «sólo El conoce al Padre y aquel a quien El quisiere revelárselo» (Mt. 11,27).

De manera que la preocupación fundamental, y casi podríamos decir la *única,* del cristiano que quiere santificarse no ha de ser otra que la de incorporarse cada vez más intensamente a Cristo para hacerlo todo *por El.* Es preciso que desaparezcamos nosotros, o, mejor dicho –para quitar a la frase todo resabio panteísta–, es preciso incorporar de tal manera a Cristo todas nuestras buenas obras, que no nos atrevamos a presentar ante el Padre una sola de ellas sino *por Cristo a través de Cristo, por medio de Cristo.* Esto complacerá al Eterno Padre y le dará una glorificación inmensa. No olvidemos que el Eterno Padre, en realidad, no tiene más que un solo amor y una sola *obsesión eterna* –si es lícito hablar así–: su Verbo. Nada le interesa fuera de El; y si nos ama infinitamente a nosotros es «porque nosotros amamos a Cristo y hemos creído que ha salido de Dios», absolutamente por nada más. Lo ha dicho *expresamente* el mismo Cristo: «El mismo Padre os ama *porque vosotros me habéis amado y creído que yo he salido de Dios»* (Jn. 16,27). ¡Sublime misterio, que debería conver-

tir nuestro amor a Cristo en una especie de *obsesión,* la única de nuestra vida, como constituye la única de su Padre celestial y constituyó y constituirá siempre la única de todos los grandes santos! ¿Qué otra cosa hace la Iglesia y qué nos enseña en su divina liturgia sino únicamente esto? A pesar de ser la esposa inmaculada de Cristo, en la que no hay la menor mancha ni arruga (Ef. 5,27), la santa Iglesia no se atreve a pedirle nada al Eterno Padre *en nombre propio,* sino única y exclusivamente en el de su divino Esposo: *per Dominum nostrum Iesum Christum Filium tuum...*

Por Cristo: he ahí la primera gran preocupación que debe tener el cristiano en la realización de todas sus buenas obras. Sin eso andará fuera de camino, no dará un solo paso hacia adelante, no llegará jamás a la cumbre de la santidad.

«...y con El...»

Pero hacer todas las cosas por Cristo, *a través de Cristo,* es poco todavía. Hay que hacerlas *con El* en unión íntima con El.

La divinidad de Cristo, el Verbo de Dios, está presente de manera permanente y habitual en toda alma en gracia, junto con el Padre

y el Espíritu Santo. Y el Verbo puede utilizar continuamente la *virtud instrumental* de su humanidad santísima –a la que está unido hipostáticamente– para inundarnos de vida sobrenatural. No olvidemos que Cristo, Hombre-Dios, es la fuente y manantial único de la gracia, y que la gracia de Cristo que nos santifica a nosotros no es su *gracia de unión* –que es propia y exclusiva de El–, sino su *gracia capital,* esto es, la gracia habitual, de que está llena su alma santísima, y que se desborda de El sobre nosotros como de la cabeza refluye la vida a todos los miembros de un organismo vivo[55].

De manera que no es una sublime ilusión, tan bella como irrealizable, eso de hacer todas las cosas *con Cristo:* es una realidad profundamente teológica. Mientras permanezcamos en gracia, Cristo está con nosotros, *está dentro de nosotros* –físicamente con su divinidad, virtualmente con su humanidad santísima–, y nada se opone a que lo hagamos todo *con El,* juntamente con El, íntimamente unidos a El. ¡Qué valor y precio adquieren nuestras obras ante el Eterno Padre cuando se las presentamos de esta manera *incorporados a Cristo* y en unión íntima con El! Sin esta unión no valdrían absolutamente nada: *nihil,* dice expresa-

55. Cf. III, 8, 5.

mente el mismo Cristo (Jn. 15,5). Con El, en cambio, adquieren un valor incomparable. Es la gotita de agua, que no vale nada por sí misma, pero que, arrojada al cáliz y mezclada con el vino del sacrificio eucarístico se convierte en la *sangre de Cristo,* con todo su valor redentor y santificador rigurosamente infinito. Los santos se aprovechaban sin cesar de estas inefables riquezas que el Eterno Padre ha puesto a nuestra disposición, y, a través de ellas, miraban con confiado optimismo el porvenir, sin que les asustase su pobreza. «No te llames pobre teniéndome a Mí», dijo el mismo Cristo a un alma que se lamentaba ante El de su miseria.

«... y en El...»

Sublime es todo lo que acabamos de recordar, pero hay algo mucho más alto todavía. Hacer todas las cosas *por Cristo y con El* es de un precio y valor incalculable. Pero hacerlas en *El, dentro de El, identificados con El,* lleva hasta el paroxismo esta sublimidad y grandeza. Las dos primeras modalidades (por, con) son algo extrínseco a nosotros y a nuestras obras; esta tercera nos mete *dentro de Cristo*, identificándonos, de alguna manera, con El y nuestras obras con las suyas.

Para vislumbrar un poco, siquiera sea des-

de muy lejos, este misterio inefable es preciso recordar las líneas generales de nuestra incorporación a Cristo como Cabeza del Cuerpo místico, que es la Iglesia. En virtud de esta incorporación –de la que no nos es lícito abrigar la menor duda, puesto que consta en la misma divina revelación– el cristiano *forma parte de Cristo.* El es la *Cabeza* y nosotros los *miembros* de un mismo y único cuerpo. El *Cristo total* de que habla San Agustín es *Cristo más nosotros.* El cristiano en gracia forma como una sola cosa con Jesús. Sarmiento de Cristo, vive de su misma vida, circula por sus venas la misma savia vivificadora de su divina Vid (Jn. 15,1-6). Jesucristo no está completo sin nosotros. No alcanza su plenitud de *Cristo total* si no somos uno con El. Incorporados a El, somos parte integrante de su unidad total.

«Se dice: el cristiano es *otro Cristo,* y nada más verdadero. Pero es preciso no equivocarse. *Otro* no significa aquí *diferente.* No somos otro Cristo diferente del Cristo verdadero. Estamos destinados a ser el Cristo único que existe: *hemos sido hechos Cristo,* según dice San Agustín. No hemos de hacernos una cosa distinta de El: hemos de convertirnos en El»[56].

56. P. PLUS. *Cristo en nosotros,* 5.ª ed. (Barcelona, 1943), p. 2.

Teniendo en cuenta esta divina realidad, se comprenden menos mal aquellas misteriosas expresiones de San Pablo y del Evangelio: nuestros sufrimientos «completan lo que falta a su pasión» (Col. 1,24); El es el que combate en nosotros (Col. 1,29) y el que triunfa. Cuando se nos persigue a nosotros, se le persigue a El (Act. 9,5); el menor servicio que se nos preste, lo acepta y recompensa como si se lo hubieran hecho a El mismo (Mt. 10,42 y 25, 34-36). El último y supremo anhelo de Cristo en la noche de la cena es «que seamos uno con El» (Jn. 17,21) de una manera cada vez más perfecta, hasta que lleguemos a ser «consumados en la unidad» en el seno del Padre (Jn. 17,23).

Pues si esto es así, ya se comprende que el cristiano debe realizar todas las obras que realiza como cristiano, no solamente *por Cristo y con Cristo, sino en El,* identificado con El. Ha de revestirse de tal manera de Jesucristo (Rom. 13,14) que el Eterno Padre, al mirarle, le encuentre siempre, por así decirlo, *revestido de Jesús.* Era la suprema ilusión de sor Isabel de la Trinidad: «No veáis en mí más que al Hijo muy amado, en el que tenéis puestas todas vuestras complacencias». Y para llegar a este sublime resultado le había pedido a Cristo que «la sustituyera»; y al Espíritu Santo, que realizara en su alma «como una nueva encarnación

del Verbo», a fin de convertirse para El en «una nueva humanidad sobreañadida, en la cual renueve todo su misterio»[57].

No es, pues, una aspiración ilusa y extraviada la de querer hacer todas nuestras obras *en Cristo,* identificadas con las suyas. Es, por el contrario, una divina realidad, cuya actualización, cada vez más intensa y frecuente, elevará al cristiano hasta la cumbre de la santidad; hasta sentirse de tal manera dominado y poseído por Cristo, que se vea impulsado a exclamar como San Pablo: «Mi vida es Cristo» (Flp. 1,21), porque «ya no soy yo quien vivo, sino Cristo en mí» (Gal 2,20). El cristiano ha alcanzado entonces su plenitud en Cristo (Ef. 4,13), ha llegado a su completa y total *cristificación,* está en la cumbre misma de la perfección y de la santidad.

El alma llegada a estas alturas ya no sabe qué hacer ni qué decir para glorificar a Dios y hacerle glorificar de la humanidad entera. Y dándose perfecta cuenta de su ignorancia e impotencia para arbitrar nuevos procedimientos para glorificar más y más a Dios, recurre con audacia a la sabiduría y al poder infinito de Dios para que sea El mismo quien abra nuevos

57. SOR ISABEL DE LA TRINIDAD. *Elevación a la Trinidad.*